

EL LIBRO DE LAS FAMILIAS.

Hé aquí un volùmen de setecientas diez páginas en octavo mayor, sin contar el índice, que las eleva á setecientos sesenta y tres fóllos. Buen papel, impresion esmerada y gusto tipográfico; todo lo reúne este libro, que es uno de los más sustanciosos de cuantos esparcen hoy por el mundo las novísimas luces de la civilizacion moderna. Es una obra que me atrevo á llamar opípara, y no obstante, su lectura no ha de causar por sí ni la indigestion más leve; mérito incuestionable, cuando las indigestiones de libros están causando continuos y terribles casos de *gastralgias* intelectuales. Padecemos hoy más que nunca, ó tanto como en los peores tiempos, verdadera epidemia de imaginaciones enfermas, de conciencias corrompidas, de entendimientos ulcerados. Preciso es decirlo, reconocerlo y confesarlo, por poca que sea la gracia que nos haga. Mas es seguro que no hay semejante peligro en devorar una á una las extensas páginas de este volùmen, y confieso ingénuamente que en el trascurso de mi vida, que empieza á no ser corta, no he registrado libro alguno que ofrezca à mi deseo materia más apetitosa.

Desde el momento en que los ojos se fijan en sus gruesos y apretados cantos se advierte su maciza estructura, lo cual es ya indicio seguro de que posee el difícil secreto de darse buena vida; su aspecto robusto indica desde luego que sabe aprovechar los alimentos sólidos.

La lustrosa piel de su estirada cubierta y el vivo encarnado de la tinta roja que campea en las letras de su limpia y risueña portada, animan, digámoslo así, su semblante, anunciando que debe respirarse por toda la extension de sus multiplicadas páginas la salud y la alegría.

No es jóven, si se atiende á que se encuentra en la décimacuarta edicion de su vida; pero este libro no envejece, pues semejante

al sol, cada vez que asoma por el horizonte parece acabado de hacer; no tiene edad, porque siempre es nuevo,

¿De qué trata este libro maravilloso, que tanto pasto y tantas dulzuras ofrece?

Trata de todo: de filosofía, de historia, de política: las ciencias naturales entran también en sus vastos dominios; las matemáticas son su base, y la química le proporciona sus grandes medios. Los entendimientos dotados de un gusto exquisito encontrarán también arte, y el sentido práctico no desconocerá la profunda economía que en sus páginas se encierra.

Es un libro filosófico, porque sin pretenderlo eleva la consideración de los lectores que tienen la costumbre de meditar sobre lo que leen, á la primera causa que dió origen á la existencia del hombre sobre esta tierra que habitamos y tal como lo conocemos.

Se refiere á la historia, porque en la especialidad del asunto que constituye su principal objeto nos descubre *inconscientemente*, como ahora se dice, los primeros, los únicos fundamentos de la historia del género humano, haciendo que los espíritus pensadores se remonten y lleguen hasta los mismos umbrales del paraíso, para encontrar la primera gota de sudor que humedeció la frente del hombre, y desde allí nos hace descender con paso seguro por las oscuras agitaciones de las generaciones sucesivas; pasar de un salto por encima de las aguas del diluvio, contemplar á Esau vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas; llegar al festin de Baltasar y asistir á la tremenda caída de Babilonia, encontrar despues la causa histórica y geográfica de las grandes irrupciones de los bárbaros sobre el occidente de Europa; detener la mirada absorta ante las refinadas sensualidades del bajo imperio; contemplar aquellos banquetes suntuosos, donde se servian perlas disueltas y se cubrian los platos con polvos de oro; ver los soberbios estanques en que las *murenas* eran opiparamente alimentadas con carne de esclavo para hacerlas mas succulentas y sustanciosas; presenciar la bochornosa destruccion de tantas grandezas, y dejando atrás las ruinas de la Roma pagana, venir á caer en las muelles delicias y en las pavorosas agitaciones de la edad presente.

Es político este libro, porque, sin saberlo él mismo, nos pone en la mano la clave que nos deja penetrar en el espíritu práctico que anima á los sistemas parlamentarios, inventados por los hombres para el mejor gobierno de los pueblos.

Para llegar á comprender perfectamente la importancia política del *Libro de las familias*, cuyas páginas nos sugieren las presentes reflexiones, es preciso no perder de vista el fenómeno constante que en cada individuo ofrece á nuestro estudio el género humano.

Es cosa averiguada, y por nadie desmentida, que el hombre ha-

bla precisamente por donde come; que la palabra, forma sensible del pensamiento, sale por la misma boca que desde los tiempos más remotos está encargada de transmitir al estómago las sustancias insensibles de los alimentos reparadores de las fuerzas físicas del hombre.

Esta relación íntima entre el espíritu y la materia, entre la lengua que habla y la boca que come, entre la palabra viva y ardiente de un orador más ó menos famoso y la imagen muerta de un pavo *trouffé* más ó menos fiambre, no había de ser una combinación casual, empírica de la naturaleza, ni un singular capricho del destino.

No se condena al hombre por mero entretenimiento á la dura necesidad de recibir los elementos materiales de su mortal existencia por la misma boca por donde se escapan las irradiaciones de su inmortal espíritu. Algun secreto profundo debía esconderse en la oscuridad de esta combinación; y al fin los hombres, dándole vueltas al misterio, penetraron en él, descubriendo la forma práctica, viable, posible de los sistemas parlamentarios; y los talleres políticos comenzaron á fabricar mayorías compactas á gusto de los consumidores.

Las ciencias naturales entran también, como ya hemos dicho, en los vastos dominios del libro que tenemos entre manos. La historia natural le ofrece abundantes colecciones de cuadrúpedos y de aves, de anfibios y de moluscos; delicados peces y sabrosos mariscos las profundidades del Océano, y el reino vegetal jugos, sustancias, simientes y flores, que en diversidad de formas presenta al despierto deseo de los lectores.

Las matemáticas son su base, porque toda la ciencia que enseña depende de la exactitud de las cantidades: todos los problemas que plantea y resuelve son cuestiones de peso, de medida y de tiempo: los medios más activos que emplea son algunas veces el hielo, la mayor parte de las veces el fuego.

Componer y descomponer cuerpos es la tarea asidua de la química en el mundo de las ciencias; pues esa es precisamente la tarea de este libro en el mundo de la vida práctica.

Arte es aquella belleza exterior que busca el halago de los sentidos, y hé aquí que los olfatos de constitución perspicaz y fina respiran en las páginas de este suculento volumen los perfumes más apetitosos, y no habrá paladar medianamente ilustrado que no saboree con anticipada delicia lo agradable de sus dulces conceptos y de sus sabrosas lucubraciones.

Mas no se crea que se trata de un libro de puro recreo. ¡Ah! no; se encierra en sus hojas la solución que el mundo sabio de nuestro tiempo busca á los pavorosos problemas con que lo que se llama la cuestión social agita al mundo en estos instantes.

A la realización del suculento ideal que en *dos mil fórmulas* se de-

senvuelve en sus páginas, aspira hoy, sobre todo, el género humano.

Es hoja por hoja el largo *menu* del gran banquete que todos esperamos con la boca abierta para celebrar con un festin perpétuo nuestra entrada en las delicias universales del paraíso á cuyas puertas llamamos impacientes, y cuyas llaves busca inútilmente la generosa, la espléndida *Economía*, que nos tiene ofrecidos los tesoros de Creso, las grandezas de Babilonia y las abundancias del Olimpo.

En este libro nos encontramos casi la mesa puesta, y sólo falta ponerle á cada uno su cubierto de plata y su copa de oro.

El lector habrá comprendido que hablamos del *Novísimo manual práctico de cocina española, francesa y americana* que acaba de salir á luz, con un extenso tratado de *pastelería, confitería y repostería*, capaz por sí sólo de resucitar á un muerto.

En honor de la verdad, poseer este libro es tener el cocinero en letras de molde, lo cual es una evidente economía, y ponerlo en práctica es casi asegurar la paz doméstica, y aún más; pues en muchas ocasiones puede servir para consolar el ánimo afligido. La sabiduría de las naciones adivinó cuando dijo: «Los duelos con pan son ménos.»

Este libro, levantándose sobre el espíritu estrecho de las escuelas, de las banderías y de los partidos, no suscita cuestion ninguna, porque ofrece manjares para todos los gustos.

Tal es el aspecto general de esta obra, que indudablemente va de oído en oído diciendo: «Comedme.»

Otro día mas despacio veremos los prodigios que unas manos cariñosas, blancas, limpias y caseras, pueden hacer siguiendo los bien condimentados consejos de este libro precioso, verdadero tesoro de la vida.

JOSÉ SELGAS,

LOS DOS SUSPIROS.

Niña, dime francamente;
 Contéstame por favor;
 ¿Son tus suspiros de amor
 O de amistad solamente?

—
 El amor en la criatura
 Es fuego del corazón,
 Que sube hasta la razón
 Y ocasiona la locura.

La amistad es en verdad
Una afeccion más sencilla;
Es un astro que no brilla
Con tan grande intensidad.

Niña; si sientes amor,
¿Por qué suspiras y callas?
¿Cómo de pena no estallas
Y revientas de dolor?

Si son de amistad, formada
Por juveniles antojos;
¿Cómo es que bajas los ojos
Y te pones colorada?

Dime por Dios la verdad;
Contéstame por favor:
Si son suspiros de amor,
O suspiros de amistad.

Pero no; ¿á qué preguntar
Si nada me has de decir?
La mujer puede sentir;
Lo que no puede es hablar.

Por eso, y no es ilusion,
Basta mirar tu belleza
Para saber con certeza
Tus suspiros de qué son,

Porque al ver, niña hechicera,
De esos tus ojos traidores
Los centellantes fulgores,
Con que abrasas à cualquiera:

De tus labios el carmin,

De tu rostro el nàcar bello,
Esa frente, ese cabello,
Y esa voz de serafin;

—
Se asegura sin temor
De faltar à la verdad,
Que entre quejas de amistad
Lanzas suspiros de amor.

—
J. RUIZ NORIEGA.

LA FELICIDAD DE LA VIDA.

I.

Solo, melancòlico y fija la mirada en el encapotado cielo, se hallaba un hombre sentado en uno de los bancos de piedra del Calvario de la ciudad de L. cuando yo llegaba à este sitio buscando donde guarecerme de la tempestad que ya rugia

Absorto parecia estar, pues ni el confuso griterio de los habitantes de la poblacion que à sus pies se alzaba, ni el ruido de los olivos azotados por el hùmedo huracan eran suficientes à distraerle.

Las aves cruzaban por delante de él más veloces que el relámpago que las ahuyentaba, buscando un refugio entre las hojas de los árboles ó entre las cornisas y el artesonado del pórtico del templo.

—¡Qué nos mojamos! le dije al pasar por su lado reconociendo en él à uno de mis amigos; y bien fuese à mi voz, bien porque el fuerte aguacero que comenzó à azotar nuestros rostros le distrajese de su abstraccion, tras un brusco estremecimiento bajó su vista, pasóse la mano por la frente como si quisiera arrancarse alguna idea y al fijarse en mí se levantó y siguió mis pasos, acojièndonos bajo el pórtico de la iglesia.

—¿Observabas la nube? le pregunté;

—No.

—Pues no comprendo, entonces, tu capricho de estarte mojando.

—Ni tan siquiera lo advertia.

—Porque así lo creí procuré sacarte de tu abstraccion. ¿Pero en qué cosa grave pensabas que tan preocupado te tenia?

—¿Quién ¿yó?

—Sí, tú: tú, que de pocos días á esta parte parece como que se ha apoderado de tí una pesadilla que te hace estar siempre pensativo y triste, hasta el punto de que, cual ahora ha acontecido, ni sientas lo que á tu alrededor pasa, ni contestes con seguridad á lo que te se pregunta.

—¿Y eso te extraña?

—Páreceme que es de extrañar ver á un hombre como tú, á quien en sus adversidades, por grandes que estas hayan sido, se le ha visto siempre resignado, variar de carácter repentinamente sin que le haya sobrevenido mayor desgracia.

—Por lo mismo deberías suponer, que algo me habrá sucedido; si es que en mi se ha verificado tal variacion, como afirmas y yo no te negaré.

—No por otra causa he provocado esta conversacion; pues me duele mucho ver tu abatimiento, y por tanto te suplico me digas qué te sucede.

—Eres mi mejor y más querido amigo y debo satisfacer tu deseo; por más que al decirte la causa de mi continua tristeza, violento mis propósitos. Oye, pues.

Bien sabes cuán halagado me ví por la suerte en mis primeros años.

Complacida ésta en agradarme, doraba el brillante porvenir de mi existencia y pasé muchos siendo completamente feliz y sin saber por qué llegaba el hombre á llorar.

Mas la fortuna dejó de serme propicia; las contrariedades llenaron mi senda de abrojos; los desengaños oscurecieron mi porvenir y á pesar de todo seguia siendo dichoso.

Esto que todos mis amigos habeis juzgado ilógico y anómalo, por que creéis, como la sociedad cree, que no puede haber felicidad sino en medio de la bonanza, ha hecho que me consideráseis como un sér extraño, quizá exento de sentimientos; porque no comprendíais mi resignacion y mi tranquilidad cuando me hallaba rodeado de desventuras. ¿No es así?

—En efecto: de ese modo te juzgamos, y nunca nos hemos podido explicar tal anomalía.

—Pues escucha la causa que te la esplicará y entiéndela bien.

Yo no tenia nada que me remordiese la conciencia, y la tranquilidad de ésta era la que se retrataba en mi semblante; la que presidia todas mis acciones, me dijo con tono solemne.

—¿Y hoy has llegado á perder la paz de tu conciencia, y esto motiva tu variacion? le pregunté.

—De ningun modo, me respondió; pero yo que todo lo he sufrido resignado y tranquilo, no he podido perder de la misma manera mi última ilusion y al verla desaparecer he caido en el abatimiento que te extraña.

—¿Y qué ha sido ello?

—Un sueño.

—¿Hablas en serio? le dije.

—Si, me contestó; aunque te extrañe. Pero como te he prometido revelarte cuanto me pasa, continuaré mi relato y creo que al terminarse causará tu admiración.

II.

—Vagaba yo á la ventura, comenzó mi amigo, por una gran plaza que habia en un pais desconocido, cuando de repente oí las melodiosas notas de una música encantadora.

Instintivamente me dirigí al punto donde se producía.

—Era en un palacio de sorprendente magnificencia, y á su puerta me encontré á un ángel que, cojiéndome de la mano, me condujo hasta una mansion de indescriptible hermosura

«Dios, (me dijo al entrar en ella) se ha apiadado de tí y ha querido que realices tu deseo, pues de ello te has hecho digno por tu conformidad en las adversidades con que te ha probado.

Para esto ha creado un alma que en este momento descende hasta aquí.

No te separes de ella jamás y ánalala, porque es el símbolo del amor de Dios que te la envía.»

Al decir estas palabras el ángel desapareció y en su lugar hallé el alma de que me habia hablado.

Yo me postré á sus plantas, y al mirar sus ojos me quemé en ellos.

Negros eran como los pesares que venian á consolar; rasgados como el corazon que á curar venian, y la dulzura de su mirada excedía al consuelo que necesitaba mi alma dolorida. Sonrisa de los cielos era su sonrisa y sus labios de rubí la entrada del edem de la alegría, donde estaba guardado el tesoro de la felicidad. Era, en fin, ¡oh amigo mio! radiante como la luz del sol, y su corazon el nido del casto amor y el emblema de la virtud.

«Bendita seas, la dije, tú, la que Dios me envía para saciar el ansia infinita de amor que en mi alma existe.

He permanecido largo tiempo suspirando por un alma pura y grandiosa como tú, que me acompañase por el desierto de la vida; y hoy que Dios me permite realizar mi anhelo, y que alcanzo contigo el complemento de la felicidad, te suplico que, apartando de mi la desgracia, cures mi herido corazon.»

Ella entonces puso sobre éste su mano; sentí circular por mi sér la vida de la felicidad, y mi alma henchida de un gozo sublime emprendió con ella el camino de la vida.

La dulzura, el amor y la alegría se recreaban en complacernos y el horizonte de mi existencia fué iluminado con la luz de su mirada.

A su vista huían de mí las aflicciones, que pretendían herirme, y todo á nuestro paso se humillaba, y todo á nuestro lado sobreía.

Mi amigo hizo una breve pausa al llegar á este punto de su narracion y exhalando un profundo y prolongado suspiro, continuó.

—Yo habia creído eterna mi completa ventura; yo me habia creído que habitaba ya en el mundo donde el tiempo no rije; pero ¡ay mísero de mí que desperté y al volver á la realidad me encontré de nuevo solo con el ansia de amor que siempre he tenido y cubierto como antes por las alas de la desgracia.

Das lágrimas rodaron por las mejillas de mi amigo, grandes como el dolor que las producía, amargas y solas como su existencia.

—Y bien, le dije, procurando consolarle; no alcanzo la causa que motiva tu abatimiento y tu tristeza, porque no juzgo bastante á agotar tu resignacion la alhagueña mentira de un sueño más ó ménos feliz.

—Es que ese sueño, me replicó, al presentarme en su mentida realidad la ventura que siempre he anhelado, me ha hecho comprender la suprema felicidad que encierra en su ambicion mi deseo; es que un alma tan grande, tan pura como la que en ese sueño he visto es el ansia de la mia, y al apreciar el supremo bien que tendria alcanzándola, he comprendido cuan imposible es realizar mi esperanza y mi ansiedad, y he perdido mi última y más querida ilusion.

—¿Y por qué no la has de alcanzar?

—Porque realizaria la felicidad de la vida al unir á la paz de mi conciencia el cariño de una mujer formada por Dios para mí, y esto es imposible, porque la completa felicidad voló al ir lo con la inocencia de nuestros primeros padres, y no soy yo el ser privilegiado que pueda ser completamente feliz en el mundo.

.

Las últimas palabras de mi amigo produjeron en mí una impresion profunda, que procuré ocultar á su vista para poder seguir consolándole. Con este objeto varié de conversacion y, como ya hubiese pasado la tempestad, y la noche adelantase, le hice volver conmigo á la Ciudad; mas aquella noche reflexioné detenidamente sobre lo que me habia dicho.

Comprendí cuan grande habia de ser su sentimiento al creer perdida su esperanza y su ilusion, y al recordar sus frases ví cuan verdad es que la suprema felicidad de la vida consiste solo en la paz de la conciencia y en el amor de una compañera por Dios mandada para nuestro bien.

J. SANCHEZ ROS.



EL BESO DE SU HIJO.

Junto à un arroyo manso
De mil perlas asilo,
Bajo la grata sombra
De un álamo bendito,
Gerilda la pastora
Mece un hermoso niño;
De su graciosa boca
En el clavel partido
Ostenta placentera
Un blanco jazminillo.
Un cazador gallardo
Que por el bosque umbrío
Vagando entre malezas
Acaso va perdido,
Hallóse con Gerilda
Y al verla, así le dijo:
«Bellísima pastora,
Así Dios tus hechizos
Guardar quiera y hacerlos
Eternamente míos;
¿Me quieres dar, hermosa,
La de los rubios rizos,
Ese jazmin que adorna
Tu labio purpurino?»
Gerilda se sonrie,
Y al cazador perdido,
Con voz que envidiarían
Los ruseñores mismos
Contéstale: «No puedo,
Pues este jazminillo
No es un jazmin; es solo
Un beso de mi hijo.»

FELIPE PLÁ.

BIBLIOGRAFIA,

EL AIRE, EL AGUA Y LAS PLANTAS.

Digna de llamar la atención es, por más de un concepto, la preciosa obra que, con el título de «El aire, el agua y las plantas,» acaba de publicar el conocido escritor D. Luis Peñuelas y Tornesa.

Hoy que la generalidad de los hombres instruidos, consumen su saber y sus fuerzas en el estéril y peligroso campo de una política exclusivista que sofoca y destruye todo elemento de civilización. Hoy que las artes y la industria se ven abandonadas de los millares de brazos que antes las cultivaban y engrandecían, para producir en cambio el exterminio y la muerte de tan inagotables fuentes de riqueza y bienestar. Hoy que nuestros campos solo sirven para pelear, nuestras ciudades para resistir, nuestras fuerzas para hostilizar, nuestros inventos para destruir y nuestras inteligencias para desbarbar. Hoy, sin embargo, en medio de tan encontradas pasiones, de tan opuestos deseos, de tan divergentes exigencias, existen aun hombres que conservando cuerdo el pensamiento y sano el corazón, se apartan cuidadosamente de la contagiosa tentación, rechazan con energía tan avasallador movimiento, y encerrados en su retiro, continúan sin descanso la gigantesca obra del progreso humano.

El autor de la obra á quien con la mayor satisfacción consagramos estas líneas, ha sabido tratar con verdadera maestría el importante asunto que en sus páginas se contiene. El aire, el agua, las plantas; ¡Qué necesarios para la vida del hombre y de la sociedad! ¡Qué ameno y deleitoso su estudio para el que lejos de repararlos distraídamente y sin atender á otra cosa que á las impresiones que ejercen en sus sentidos, investiga su naturaleza, descubre sus relaciones, modifica sus propiedades y generaliza sus usos en consonancia con sus múltiples necesidades!

Además de la importancia de la materia que en la expresada obra se trata, y del orden y claridad con que están expuestas sus doctrinas, es de notar la vasta erudición que se revela en su autor, demostrada por los numerosos datos y curiosas observaciones que tan prodigamente la enriquecen, consignando las opiniones principales de los antiguos filósofos y naturalistas, y siguiendo la marcha del desarrollo de estos conocimientos, hasta explicarlos á la altura á que se encuentran hoy, con arreglo á las teorías más modernas y admitidas.

Con razon sobrada se dice vulgarmente que al autor se conoce por sus obras y la presente seria muy bastante á esclarecer el nombre del suyo, si en otras anteriores no hubiera ya alcanzado el justo renombre que disfruta. Su última publicacion sirve, pues, para confirmar una vez más tan honrosa fama, que solo en fuerza de un contínuo estudio de muchos años y de un grande amor á la ciencia, es posible alcanzar

Nosotros, deseamos, por nuestra parte, que el Sr. Peñuelas dé á luz con frecuencia obras de tanto mérito como las ya publicadas, en donde podamos aprender mucho de lo que ignoramos.

A. BELDA.

EL ANFITEATRO DE ROMA. (1)

Mole inmensa de piedra,
 Eterna obra, que se eleva al cielo,
 Perdiéndose del hombre á la mirada
 Sus muros colosales de granito,
 Soberbia emulacion del infinito:
 En su inmortal grandeza
 Creyérase formado
 Por aquel que creó naturaleza;
 Por el poder de aquel, que un momento
 A la aurora prestó tintas suaves
 Y dotó el firmamento
 De incesante armonia y de colores,
 Poblando el aire de pintadas aves
 Y el prado ameno de risueñas flores.
 Pero al mirar el orden y armonía
 Que existe en sus columnas, la figura
 Regular de sus arcos,
 Su grandioso y gigante arquitectura,
 Abriendo en fin el libro de la historia,

(1) *Imitacion á La gran Ruina (Recuerdos de Italia) de Castelar.*

Hallareis en sus páginas de gloria
 Que de Roma el eterno monumento
 Obra fué del humano pensamiento.

 En la inmensa ruina
 Siempre el viajero á meditar se inclina:
 Aquí se ve un trofeo,
 Una estatua á su lado se levanta,
 Más allá, cual gigantes colosales
 Cien arcos se dibujan,
 Descansando en enormes pedestales;
 Cuya sombra parece está ocultando
 La sangre de mil víctimas, que un día
 Murieron, á su César deleitando.
 Mirad, hácia sus puertas
 El pueblo se dirige presuroso;
 Al í barbaro grita,
 Aviso de placer, de sangre ansioso:
 Abiertas son aquellas,
 Dentro se precipita,
 Y con loco tropel y carcajadas
 El pueblo cubre las estensas gradas.
 Ocupan las primeras
 Los nobles senadores:
 A las segundas, van los caballeros,
 Despues el pueblo, y sobre aquel, **airosas**
 Cubiertas todas de flotantes gasas
 Y ostentando sus joyas y coronas,
 Cual diadema de Roma, presurosas
 Se sientan las matronas.
 El pueblo se impacienta,
 Murmurando del César la tardanza:
 Ya aparece en el Circo, y el disgusto
 Se trueca en alabanza,
 Pues la llegada del señor del mundo

Es la señal de la feroz matanza.
 Las músicas resuenan, vocifera
 De nuevo el pueblo con bestial aullido,
 Y entre el ronco fragor de sus clamores
 Mezclados de la música al sonido,
 Saludan los valientes gladiadores.
 Vedlos serenos, de afilada daga
 Armados y de escudo;
 Miradlos sonreir, cual si la suerte
 Su dicha les brindara
 En vez de dura é implacable muerte.
 Hijos de las montañas,
 Nacidos libres, como el ave libre
 Que anida en sus cabañas,
 Vieron su libertad, que envidia el viento,
 Trocada en servidumbre y sufrimiento.
 Quizá en la horrible lucha,
 En el combate bárbaro, inhumano,
 El amigo al amigo hiera ciego,
 El hermano, tal vez, mate al hermano.

 Ya se acechan, se buscan, se amenazan;
 Ya se empuñan en bárbara pelea;
 La sangre roja que sus cuerpos vierten
 Sobre la arena humea;
 Allá uno exhala su postrer lamento,
 Otro acá se desmaya, allí un herido
 Lucha con la agonía,
 Y cuando áquella al fin vencerle pudo,
 Desplómase al morir sobre su escudo.
 Otro allá se resbala
 En un charco de sangre, creenle muerto,
 Y el pueblo aplaude la infernal matanza;
 Mas cuando se alza vivo,
 Despechándose aquel, gritos le lanza.
 Dos allí, se han hundido

Los enormes puñales afilados
 En el desnudo pecho, y han corrido,
 Cuando apenas hirió su mano fuerte,
 A abrazarse, infelices!
 Para entregarse unidos à la muerte.
 ¡Espectáculo atroz! ¡cuadro de horrores!
 Sobre la roja arena, los despojos
 Con afán inhumano
 Mira el pueblo romano
 Clavando en ellos sus sangrientos ojos.

 Sollozos de agonía
 Mézclanse allí con el postrer suspiro
 Que algún herido envía;
 Míranse allá semblantes contraídos,
 Escúchanse quejidos
 Que al viento se difunden,
 Y con la voz del pueblo se confunden.

 Esa fué Roma ayer, esas las fiestas
 Que ansiosos los romanos contemplaron,
 Y esa inmensa ruina,
 Es el recuerdo eterno que dejaron
 De sus costumbres fieras
 A las generaciones venideras.

 Aun se escuchan allá de sus cimientos
 Nacer tristes lamentos;
 Aun parecen brotar entre las sombras
 Fantásticas visiones,
 Que se levantan del ruinoso muro
 Como evocadas por fatal conjuro.
 Y en vano lucha el tiempo
 Contra sus recios muros;
 Y en vano borrar quiere de su suelo
 La huella de la sangre, que en su duelo

Infelices esclavos derramaron;
 Contra los elementos se estrellaron
 Si volcarle quisieron;
 Mas si acaso algun dia se desploma
 Al fin de ellos vencido,
 De la eterna ciudad, solo una piedra
 Que del Circo quedara,
 Nos traerá à la memoria
 Envuelta en sangre, la pasada historia.

J. RUBIRA.

Por falta de espacio, no podemos insertar en el presente número la crónica de la sesión celebrada el día 29 del mes anterior. En dicha sesión dió principio la discusión que ya teníamos anunciada sobre la influencia del Renacimiento, abriendo el debate el Sr. Saavedra, presidente de la sección de Literatura, con un notable discurso en que presentaba los diversos puntos de vista de la cuestión. Ocupada la presidencia por el Sr. Director D. Rafael Domínguez, dirigió à la sociedad cuatro palabras, explicando las causas que le habían movido à aceptar el difícil cargo de la Dirección de este Ateneo, y espuso la marcha que en su concepto debía seguir la sociedad, en consonancia con su fin y con las actuales necesidades.

Sentimos no poder ocuparnos de estos discursos; pero debiendo hacerlo detenidamente de la discusión bajo tan buenos auspicios iniciada, entonces tendremos el gusto de examinar tan estimables trabajos.

Leyéronse también varias poesías por los Sres. D. Jesus B. Navarro, D. Jacobo Rubira y D. José Ruiz Noriega, y la sociedad escuchó con suma complacencia à la Señorita Bayonas que con su acostumbrado sentimiento cantó el aria de «Lucia,» siendo muy aplaudida. Igualmente los hermanos Sres. Gomez ejecutaron à violín y piano uno de los conciertos de Beriot.

Desde las columnas de nuestro periódico nos complacemos en dar à todos las gracias por el interés que se toman en el fomento y animación del Ateneo.